

CAPITULO XIII.

Fé.

I. Yo no puedo creer.—II. Me bastan las verdades naturales.—III. Mi razon no puede admitir otras.

«Que se quiera una religion, sea en hora buena; pero que sea la religion que enseña la misma naturaleza. Por la contemplacion de los cielos y de la tierra, de los campos, de las flores y de los mares, se apoderan naturalmente del hombre vários afectos: la mente se arrebatada en éxtasis de asombro, el canto del amor se desaprisiona del corazon, el himno de la gratitud sube como incienso al empíreo; y hé aquí la religion. ¿A qué fin, pues, ponernos siempre delante vuestra fé, que es el escollo, la muerte y el aniquilamiento de aquella noble razon que el Señor nos ha dado? Yo por mí no puedo creer ni admitir vuestras cosas sobrenaturales; mi propia razon me lo impide.» Así discurren ciertas cabezas romancescas é irreligiosas. Ahora veremos con qué honor de aquella religion que tanto ensalzan.

I. En primer lugar, dicen: *yo no puedo creer*: ¿han comprendido nunca éstos una vez con cierta claridad lo que es la fé? Hé aquí ¡oh lector! la primera cosa que se necesita debatir un instante. La fé, como objeto de nuestras creencias, no es más que una série ó una coleccion preciosa de verdades que Dios, infinita veracidad, se ha complacido en descubrir á los hombres: la fé, por lo que á nosotros hace, no es más que el asentimiento de la inteligencia á las referidas verdades; asentimiento prestado sobre la autoridad del mismo Dios que las ha revelado, por lo cual *creer* no es más que prestar asentimiento á un Dios que habla.

Ahora os pregunto: ¿cuál es, en acto tan sencillo,

el punto más difícil que no podeis superar? ¿Cuál es aquel en torno del cual vuestra razon choca tan gravemente? ¿Os enseña quizás vuestra razon que Dios no puede hablar á los hombres? Cosa singular sería que Aquel que ha formado el hombre y que le ha dado el habla, no pudiese hacer oír su voz y su voluntad. Creo que ninguno concibió jamás tan solemne locura. ¿Es que no conviene á Dios hablar? ¿Qué razon, siquiera ficticia, puede persuadir de que es inconveniente que quien ha formado al hombre sea tambien pródigo y le proporcione todos los conocimientos é instrucciones que le pueden aprovechar? Afirmarlo sería una paradoja. ¿Fáltale á Dios, por ventura, el derecho? Esto, más que una paradoja, sería una blasfemia; porque, como fuente de todas las criaturas, lo tiene cabal para imponer su voluntad á todos los hombres, sin que exista en el cielo ni en la tierra quien pueda recurrir á otro contra su autoridad suprema. Ciertamente vuestra razon no podrá persuadiros nunca de aquellas falsedades y de aquellos delirios. Hasta aquí, pues, no se ve demasiado por qué no podeis creer en nombre de vuestra razon.

Sería preciso que sucediera esto por una de las dos razones siguientes: ó por no estar ciertos de que habló Dios, ó porque, áun estando seguros de que Dios habló realmente, podíais concebir sospechas de su veracidad. Esta segunda suposicion, sobre ser impía, es tan absurda, que jamás osó afirmarla ningun hereje ó incrédulo; no haré, pues, á mis lectores la injuria de refutarla. Concretémosnos á la primera; á saber, á no estar bien ciertos de que verdaderamente habló Dios. Mas esta dificultad se promueve sólo porque se ignora de qué modo se nos propone la fé para que la ejercitemos. Suponed que en su ejercicio hay dos actos: el de asentir, y el de querer prestar asentimiento. El primero es de la inteligencia, que se somete á la autoridad de Dios que habla: el segundo es de la voluntad, que manda, por decirlo así, al entendimiento que se someta. Cada uno de estos dos actos tiene su propio motivo. El del entendimiento tiene

por motivo la autoridad de Dios que habla; el de la voluntad tiene por motivo todas las pruebas por las cuales resulta completamente indudable que Dios habló. Así, en una córte se cree aquello que dice un embajador porque lo es; pero que sea tal no se cree sino porque ha mostrado sus credenciales. Ahora bien: ¿nos esconde quizás la fé las credenciales, quiero decir, las pruebas que acreditan que un Dios habló, único que podemos pedir razonablemente? Todo lo contrario: nos las pone delante tan hermosas, tan limpidas, tan evidentes y en número tan grande, que puede decirse, no sólo que son bastantes, sino que son excesivas. *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*

Sería largo notarlas aquí todas y desenvolverlas con toda su fuerza, porque no bastarian grandes volúmenes: recordad, sin embargo, confusamente que para probar que Jesucristo es Dios, y que por lo tanto es un Dios quien habló, hay cuarenta siglos de oráculos y de profecías, las cuales, acumuladas, forman toda la vida del Redentor, siendo auténticas segun testimonios de los gentiles, no ménos que de los judíos; que hay la propia vida de Jesucristo, llena de prodigios estrepitosos, obrados en confirmacion de lo dicho; que hay la propagacion y la conservacion del Cristianismo, obtenidas por medios que humanamente debian extinguirlo y echarlo á fondo; que hay una cátedra de verdad por El erigida, firme é inmóvil despues de diez y nueve siglos de luchas y de contradicciones; que hay en favor de tal verdad el testimonio de legiones enteras de mártires y de los ingenios más preclaros que han existido en el mundo: si despues de tantas pruebas el mundo fué engañado, el error partió del trono de la misma Divinidad. Ved, pues, que nuestra fé no se deja de aclarar en aquel solo punto que se puede racionalmente someter á exámen. Mas despues de haber establecido que Dios habló, ¿será culpable afirmar que debemos someternos y creer lo que ha manifestado un Dios? Sería un gravísimo ultraje no rendirse prontamente á todas sus palabras.

Hasta vosotros, insignificantes hombrecillos de la tierra, lleváis á mal que alguno dé muestras de no creer cuando habláis formalmente; y sin embargo, aún entónces podríais querer engañar por malicia, porque sois capaces de culpa, ó engañaros por ignorancia, porque sois falibles. Considerad, pues, si compete á Dios ser creído sobre su palabra, siendo la suprema Verdad en sí mismo, y la veracidad infinita con respecto á nosotros. Queda, por tanto, evidente que no es por ningun concepto contrario á nuestra razon que Dios nos obligue á creer, y que, por consecuencia, aquel no *puedo* no pasa de ser un soberbio no *quiero doblegarme* á la autoridad divina.

II. *Yo no tengo necesidad, replican, de otras verdades; bástame aquello que mi razon me enseña.*—Esta contestacion es sacrilega y blasfema por todos conceptos. *Os basta...*; mas no se trata de ver lo que *os basta*, sino de ver lo que *basta á Dios*. Si Dios quisiera por su bondad manifestaros verdades á las cuales no puede llegar vuestra razon, ¿tendríais la osadía de repelerlas y de arrojarlas á la cara? Si Dios quisiera con su autoridad imponeros obligaciones y daros preceptos que no puede conocer naturalmente vuestra razon, ¿tendríais nunca la facultad de sustraeros á las unas y á los otros? Pues bien. Precisamente ha sucedido esto. Jesucristo quiso manifestar que el fin último de los hombres no es una dicha cualquiera, sino una beatitud consistente en la clara vision de El; que para conseguirla requeriáanse obras hechas en estado de gracia; que para lograr tal estado era forzoso creer en el divino Redentor; que habia ligado los medios de la salvacion á un sacrificio determinado y á ritos especiales que se llaman Sacramentos; que en una sociedad sola, á saber, la Iglesia, existian todos los medios de salvacion; que no reconoceria como suyos sino á los que hubiesen vivido conformemente á dichas leyes, y que condenaria á las llamas eternas á todos los que no hubiesen obrado segun sus voluntades manifestadas. Dilató, en una palabra, los confines de la

naturaleza, perfeccionó la razon, sublimó el hombre, lo elevó por gracia á la dignidad de hijo de Dios, hizolo Dios por participacion, queriendo que viviese y obrase como tal: ¿no tiene quizás derecho á todo lo dicho? Aún voy á ver que el hombre impondrá su ley á Dios; que le prescribirá aquello *que basta* y aquello *que no basta*; que pondrá límites á las comunicaciones divinas, y que fijará las condiciones con las cuales se conforma en aceptarlas. Cuando tuviéseis tales derechos, podríais tambien crearos por vosotros mismos, conservaros por vosotros mismos, gobernaros por vosotros mismos y formaros por vosotros mismos la última beatitud: así quedaria cumplida vuestra independendencia. ¿No se une aquí la ridiculez con la blasfemia?

Y todavía es preciso dar un paso más adelante. No sólo no se opone la fé á la razon, sino que está muy conforme con ella. ¿Cómo no, si por la naturaleza somos conducidos á no vivir sino por la fé, con el fin de que, estando largamente acostumbrados á la humana, nos prepare á la divina, mucho más noble? La observacion es de Padres antiquísimos y de muchos modernos: podeis hacerla vosotros cómodamente. ¿Qué es toda nuestra infancia y juventud sino un creer ciego á los padres y un fiarse con seguridad de los maestros? ¿Qué es el comercio íntimo de la vida sino un creer perpétuo en los hombres? Comenzando por creer que unos, y no otros, son nuestros padres, creemos al criado que nos dice cómo se debe trabajar, al cocinero que nos dice cómo se ha de hacer la comida; al artesano que nos dice cómo se ha de construir la obra; al labrador que nos dice cómo se ha de arar el campo; al legista que nos dice cómo se han de dirigir nuestros intereses; al médico que nos dice cómo se ha de tratar nuestro mal; y los creemos hasta tal punto, que llegamos á poner en sus manos nuestros bienes, nuestras propiedades, hasta nuestra vida, ¿no es verdad? Ahora bien: ¿comprendemos nosotros quizás las razones íntimas de la manera de obrar de todos éstos? Ninguno hay en el mundo que pueda prometerse tanto de sí, cree-

mos que cada uno en particular sabe lo que hace, y nos sometemos plenamente. El que quisiera, antes de admitir la obra de alguno, que le diese cuenta de todos los motivos de su conducta, sería considerado loco, y por tal le tendria toda la sociedad. A pesar de lo dicho, ¿se ha creido nunca que sea contrario á nuestra razon tener en acto siempre dicha fé humana? No ciertamente, á no ser que queramos condenar como irracionales á todos los hombres; y si no es contrario á la razon creer á los hombres, ¿por qué será contrario á la razon creer á Dios? ¡Como! ¿Seríamos de una naturaleza para lo que se refiere á las cosas terrenas, y de otra para las celestiales? Quizás se hará el dia ménos pensado este famoso descubrimiento. Miétras no se hace, seguiremos creyendo que nuestra razon nada de razonable tiene que oponer á la fé.

Por el contrario, juzgamos tan razonable la fé, que consideraríamos propio de los dementes rechazarla. Si no consigo haceros tocar con la mano que lo es, no convengais en que lo diga. ¿No es igualmente absurdo creer, cuando no hay motivo para ello, que no creer cuando dicho fundamento existe? La sana razon condena al que se halla en el primer caso, porque es demasiado crédulo y porque no se fija en las cosas; mas condena tambien al que se halla en el segundo, como majadero y obstinado. De hecho imaginad que rehusase yo creer que existe la América porque nunca navegué, ó que vivió en el mundo Napoleon I, por no haberle visto jamás: ¿qué concepto formaríais de mí? Sin hacerme gran ofensa, podríais llevarme á un hospital de locos. ¡Cómo! Está llena Europa de los productos de América; hay entre nosotros muchos americanos; han recorrido el nuevo mundo no pocos de nuestros compatriotas, ¿y aún se puede dudar? Igualmente tenemos todos la historia de aquel Emperador, minuciosamente descrita; aún viven muchos que lo vieron, y no pocos saben de memoria los nombres de Marengo, de Ulm, de Dresde y de la Beresina, donde realizó sus empresas, y fué derrotado: ¿y hay quien se obstina en negar su existencia? Ved,

por tanto, cómo puede obrarse contra la razon por no creerse un hecho. Sépase ahora que cualquier hecho referido en la historia y comprobado con monumentos, por solemne, incontrovertible é innegable que sea, es muy inferior por el número y autenticidad de las pruebas al gran hecho de la venida de Cristo y de su revelacion. Conviene aquí la historia, la tradicion, los monumentos levantados por los amigos y por los enemigos, por los doctos y por los ignorantes, por los crédulos y por los incrédulos, por los bárbaros y por los civilizados, no pudiéndose, por consecuencia, poner en duda sin dar un solemne mentís á todo el género humano. ¿Cómo, pues, no será un absurdo á los mismos ojos de la razon dejar de creer un hecho así probado? Es, por tanto, absolutamente cierto lo que afirman los sábios, ó sea que para no creer en el Cristianismo y para renegar de la fé, primero es necesario haber perdido la razon. ¡Considerad, pues, si la razon se puede oponer á la fé!

Confírmase todo esto con dos razones de gran valor. La primera es que realmente creyeron todos los hombres dotados de una razon más poderosa, esto es, todos los grandes ingenios. Ninguno negará que los que nosotros llamamos Padres de la Iglesia fueron siempre los que el mundo consideró de más claro y profundo saber. Quitad del Africa á Tertuliano, San Agustin, San Fulgencio, San Cipriano y Arnobio, diciéndome despues cuáles eran en aquella edad los verdaderamente doctos africanos. Quitad de Grecia los Basilio, los Crisóstomos, los Gregorios, los Orígenes, los Teodoretos, en una palabra, los Padres, é indicadme despues hombres de su época que hayan dejado monumentos iguales á los suyos. Haced lo propio respecto de los latinos: poned á Jerónimo, Ambrósio, Leon, Gregorio y Rufino en parangon con los doctos de su tiempo, y vereis cómo todos aquellos les superan. En los siglos medios las antorchas que disipan las oscuridades más densas son, sin la menor duda, Beda, Alcuino, San Anselmo, Lanfranco, Alberto Magno, D'Ales, Scoto, Santo Tomás y San Buenaventura. Y á pesar

de que fueron los mayores sábios de sus siglos y los que más usaron de la razon, de la cual dan fé indudable sus volúmenes que llenan nuestras bibliotecas, todos creyeron, y creyeron con tanta firmeza, que casi todos obraron heroicamente en favor de su fé: ¿qué quiere decir esto? ¿No es una prueba evidente de que no sólo no se opone la razon á la fé, sino tambien de que da el más ilustre testimonio de la misma? De lo contrario, sería preciso decir que el error es principalmente la herencia de los sábios: no mostrará gran sabiduría quien tal proposicion enseñase.

La segunda observacion que confirma la propia verdad, sácase de lo contrario. ¿Cuáles han sido en todos tiempos los que *no han podido creer*? Los que ménos han usado de la razon. No sólo por sentencia de los eclesiásticos, sino tambien por la autoridad de los filósofos, los hombres que ménos emplean la razon son los ignorantes y los apasionados. Aquéllos son incapaces de formar discursos y deducciones ámplias, merced á las tinieblas en que yacen sumergidos; éstos sonlo tambien, porque la pasion les falsea el juicio y les arruina el entendimiento. Como entre las pasiones las dos más vehementes son la soberbia del espíritu y la corrupcion del corazon, entrambas quitan, más que las otras, el uso de la razon. Ahora ¡ved qué fatalidad! precisamente de estas clases, ó sea de los estúpidos por ignorancia, de los frenéticos por orgullo, y de los corrompidos por sus desórdenes, se llenan las filas de los incrédulos.

De los ignorantes en primer lugar. Esta, como todos ven, es cuestion de hecho, y con hechos es preciso decidirla. La incredulidad pulula demasiado en nuestros dias entre la juventud y entre las clases trabajadoras de las ciudades. ¿Dónde y cómo se forma esa juventud? Sale de aquellos colegios quitados á los sacerdotes, y confiados á personas inexpertas ó infieles, donde reciben sólo un conocimiento superficialísimo de la religion, ó no reciben ninguno. ¿Cómo se tornan incrédulos los artesanos? Procurando, como se ha hecho, con mil cla-

ses de seducciones, que no aprendan en las iglesias, en los días festivos, con alguna claridad las verdades de la fé. Y las clases elevadas, ¿cómo llegan á perder la fé? Se han desviado completamente de la Iglesia por respeto humano y por dejar de oír declaraciones oportunas, anublándose cada vez más en ellos las imperfectísimas nociones de la fé que recibieron en la infancia, y llegando á ser víctimas de todos los más mezquinos sofismas.

Sed jueces vosotros mismos. Si vivís en medio del mundo, habreis conocido á más de uno de aquellos que hacen profesion de incredulidad: si acostumbráis á leer periódicos, os habreis encontrado casualmente con los que blasfeman como incrédulos. Ahora bien; decidme sinceramente: los unos y los otros, ¿son por ventura los más sábios, los más doctos, los más instruidos que posee la sociedad? ¿Os parecen propiamente aquellos hombres que deben haber descubierto razones novísimas, escapadas á la penetracion de un Agustin, de un Tomás y de tantos otros Doctores que consumieron toda su vida estudiando y admirando la santísima profundidad de la fé? ¿Pueden éstos, pues, con su ignorancia, menospreciar toda la sabiduría de los antiguos? ¿Lo pueden con los estudios que han hecho... con las *gravísimas* ocupaciones en que los vemos abismados todos los días, ó sea gozar de la vida, divertirse, jugar, bailar y cosas peores? Sólo mirándolos á la faz se demuestra evidentemente que la ignorancia pura, crasa y brutal es la que los hace incrédulos.

Pero si abren despues la boca y dejan oír las *profundas* razones en que fundan su incredulidad, la demostracion toma la evidencia del sol en pleno mediodía. ¿Qué tienen, finalmente, para oponer á la fé? Sofismas vulgares, triviales, repetidos mil veces, expuestos y refutados ya con toda claridad por los Doctores de la Iglesia. Envuélvense en tal confusion, que da lástima verlos. No saben cuál es la doctrina sana, y cuál la herética. Impugnan lo que nadie defiende, y defienden lo que nadie impugna; atribuyen á la Iglesia lo que no defiende,

sino censura; se fingen adversarios donde no los hay, para tener la gloria del héroe famoso de la Mancha, y combatirlos hasta derramar la última gota de su sangre. Al propio tiempo no saben decir una palabra contra lo que verdaderamente es doctrina de la Iglesia y verdad. Las *profundas* investigaciones teológicas de los Renan, de los About, de los Botteri, de los Govean, de los Bianchi-Giovini, de los Bonavini, y aun de *Le Siècle*, del *Journal des Débats*, de la *Rivista dei due Mondi*, y de otros paladines de la incredulidad moderna, son bastantes para dar gran fé de la peregrina ciencia religiosa de que están adornados. ¡Es propiamente luz todo lo que los ciega!

Hace algunos años que un sacerdote muy grave se halló en un coche público, con el fin de hacer un viaje; como era hombre muy retirado, hallábase completamente sumergido en la lectura de una obra, y no se fijaba en sus compañeros de viaje. Una señora, que se fastidiaba por tanto silencio, aprovechando un instante en que habia depuesto el libro, procuró entablar conversacion con él, y se puso á decir, vanagloriándose, que en materias religiosas era incrédula de todo punto. Replicó entónces el sacerdote: «Habrás V. leído algo de Bossuet, de Fenelon, de La Luzerne, de Bergier...—No pierdo mi tiempo en tales bagatelas.—Por lo ménos á Valsecchi, ó á Segneri, ó algun Catecismo más difuso.—Sí: ¡vaya unos autores para que una pueda leerlos!—Siendo así, ¿por qué os llamais incrédula? Os aseguro que no lo habeis sido nunca: desconoceis simplemente la religion: la ignorais.» Esta conclusion cuadra perfectamente á muchísimos de los que se jactan de su incredulidad.

Direis, por ventura, que no todos los incrédulos son ignorantes; que hay entre éstos no pocos que son sábios, historiadores, juriscultos, filósofos, naturalistas, profesores, y de los más célebres por añadidura. Aunque es cierto, certísimo todo esto, es verdad tambien que la mayor parte de éstos son ignorantes. ¿Qué importa que hayan hecho estudios, aunque sean variadísimos, si nunca se han

aplicado á estudiar la religion? Así como la circunstancia de haber aprendido profundamente las matemáticas no da derecho á resolver cuestiones de medicina; así como la circunstancia de haber estudiado la ciencia del Derecho no hace conocer la historia natural; así como la circunstancia de conocer la astronomía no amaestra en la historia, la circunstancia de haber aprendido áun todas estas ciencias juntas no da un conocimiento de la religion. Ahora bien: ésta es la que nunca estudiaron muchos y verdaderos hombres doctos de nuestros tiempos. El siglo presente deja la ciencia de la religion al cuidado de las pobres madres. En cuanto á éstas, unas no están en el caso de amaestrar á sus hijos, porque no saben mucho ni áun para sí; otras no tienen el celo necesario, ó les falta el oportuno tiempo para procurarse las cosas necesarias de la vida. En las escuelas públicas no se enseña más, haciéndose una traición negrísima á las poblaciones por parte de los gobiernos ó de algunos municipios. En las escuelas superiores y en las Universidades abundan profesores infames, que por impiedad se befan de la religion, ó la impugnan abiertamente con sofismas. Los infelices jóvenes que poco sabian, ó nada, se tragan todas aquellas dificultades, mirando desde aquel momento con prevención toda clase de culto. Añádese más tarde el interés potentísimo que tienen las pasiones para deshacerse de Dios, de su ley y de todos los vínculos que restringen la libertad, aprendiéndose á mirar cada vez más como enemiga á la religion. Por último, los periódicos impíos que se tienen continuamente á la mano, los tratadistas profanos de las ciencias, que generalmente son educados del mismo modo, en los cuales únicamente se fijan, suscitan tantas dudas en aquellas miserables mentes, imbuyen en ellas tantas preocupaciones, y despiertan tantas desconfianzas que hacen mucho si no ódian cordialmente todo lo relativo á la religion. El mundo despues los cree doctos y se escandaliza viéndolos hostiles al Catolicismo; el hecho, sin embargo, es que áun cuando pueden ser doctos en otras ciencias, en materia de re-

ligion son muy inferiores á una pobre viejecita que ha frecuentado durante muchos años la instruccion parroquial. No entienden siquiera que así como no se atreveria un profesor de una ciencia á decidir sobre otra que nunca hubiera estudiado, la razon exige que no se atrevan á hablar de aquella religion de la cual no conocen la naturaleza, ni los fundamentos, ni las pruebas sobre las cuales se funda.

Mas nos les deja callar la otra fuente de la incredulidad, que es la soberbia. Dejando aparte las pruebas que suministran todos los herejes antiguos, es cierto que los dos padres de la moderna incredulidad son Lutero y Calvino. Ahora bien: el orgullo del primero fué tal, que lo llevó á insultar á todos los príncipes, Reyes y Emperadores de su tiempo, á encarnecer á todos los Padres de la Iglesia; á protestar que mil Ciprianos y Agustines no valian tanto como él; á sostener que ántes de venir al mundo, nadie habia entendido nada de la Iglesia, de la fé, de la ley, de los Sacramentos, de las Escrituras; y esto con tal frenesí, que áun por confesion de los suyos cayó en la locura. La arrogancia, el orgullo y la impudencia hicieron á Calvino tan intolerable para sus secuaces, que nació entónces aquel dicho: «Mejor es ir al infierno con Teodoro Beza, que al cielo con Calvino.» Y la soberbia que fundó el reinado de la incredulidad es además la que lo conserva todavía. Rehusaron aquéllos por orgullo diabólico someterse á lo que creyeron todos sus contemporáneos. rehusan hoy muchos espíritus soberbios someterse á lo que creen los fieles de nuestros dias. «¡Cómo! dicen entre sí: yo que tengo tantos estudios y tantos conocimientos, ¿he de creer lo mismo que cree un hombre adocenado, y practicar lo propio que hace una mujercilla? No es posible.» Así, el espíritu de la soberbia los punza, los incita, no les deja en paz; y por el ánsia de singularizarse, se apartan de los otros, defienden nuevas doctrinas, y obran como incrédulos y blasfemadores.

Años atrás, un médico insignificante, en pre-

sencia de varias personas que hablaban de religion, «ignoro por qué, dijo, los sacerdotes tienen tanta dificultad en admitir la transubstanciacion, cuando... — Perdonadme, interrumpió otro: no hay dificultad alguna, porque la defienden contra los luteranos.— Quería decir, replicó el doctor, por qué la defienden con tanto calor cuando...— No siga V., le dijo entonces uno que lo habia comprendido maravillosamente: aun sin aquella dracma de incredulidad, sabemos que sois hombre de gran pulso.» Tal es para no pocos toda la razon de su incredulidad; quieren parecer hombres tanto más superiores á los otros, cuanto más atrevidos y más singulares.

Así lo confesaron en su lecho de muerte todos los incrédulos más audaces del siglo pasado. A pesar de ser tan débil, á la luz de la candela mortuoria vieron las cosas mucho mejor de lo que las habian visto en vida. Todas las grandes objeciones y dificultades habian desaparecido: quedaba sólo en pié la colosal soberbia, que debian confesar y aborrecer á tiempo, para no incurrir en los castigos con los cuales habíalos la fé amenazado.

Perola fuente de que salen más abundantemente las aguas fangosas de la incredulidad es, al decir de los sábios, sin duda de ningun género, la corrupcion del corazon. El uso excesivo de los deleites corpóreos perturba la mente y no deja concebir nada que no sea propio de animales; los afectos del corazon, empleados en suciedades, no pueden dirigirse á la fé, que es purísima; y sobre todo la necesidad de no creer en la fé para no concebir temor á los castigos, aguza el ingenio para investigar razones que persuadan de que aquélla es una ficcion.

A tener que hablar muy francamente con uno de éstos, procuraria persuadirle del siguiente modo: «Vamos, le diria; afirmas que no podeis creer: mas ¿cuánto tiempo hace que os han asaltado dudas tan graves? ¿Quizás desde los primeros años de vuestra juventud, cuando érais de buenas costumbres, sóbrio, púdico, y pasábais con tanta tran-

quilidad dias inocentes? Entonces vuestra fé os parecia muy hermosa, y no os hartábais de admirar sus glorias. Os parecia hermoso verla surgir majestuosa de las ruinas de la idolatría por ella hollada, y de las cuchillas de los procónsules y de los Emperadores, que la querian ahogar en su sangre. Se os presentaba contra la soberbia, la avaricia, la lujuria, y, en fin, contra todos los vicios y abominaciones armadas con el objeto de impedir su marcha; mas ella seguia adelante hollándolo todo, y convirtiendo á los disolutos en castos, á los soberbios en humildes, y á los que únicamente suspiraban por la tierra, en amadores sólo del cielo. Si, no bastando á contener sus progresos ningun obstáculo, acudíase al hierro y á la matanza, ¡oh! ¡entonces sí que comenzaban sus glorias! Caía una víctima, y se levantaban cien á ocupar su puesto: era cogido uno, y cien envidiaban su suerte. ¿Os acordais de aquellas dulces memorias, que quizás os han hecho derramar en otra época lágrimas, de una Cecilia, de una Agueda, de una Inés, de un Vito, de un Primo, de un Valeriano y de otros innumerables niños inocentes ó vírgenes delicadas, que volaban á la presencia de los procónsules encrucelecidos, y que, con el corazon lleno de Jesus y el alma llena de júbilo por el próximo martirio, desafiábanlos para que afilasen las sierras y las navajas, para que derritiesen los plomos, para que sacasen punta á los garfios, para que hiciesen padecer hambre á los leones, con el fin de ser así más destrozados, heridos y martirizados? ¡Cuánto os conmovieran entonces aquellas relaciones tan piadosas! Cuando despues que logró sacar la cabeza de debajo de la cuchilla, herejes de todas clases se pusieron en los siglos posteriores á impugnarla, un nuevo espectáculo se presentó delante de vosotros: vísteis levantarse en Oriente y en Occidente los más claros ingenios, las almas más generosas, los Santos más perfectos, hacer escudos de sus pechos y combatir aquellos mónstruos, hasta que hubieron entrado nuevamente en el abismo del cual salieran. Admirábais, en suma, cómo por esta fé se

llenaban los valles más hondos de santos monjes, poblábanse los bosques más incultos de férvidos anacoretas, florecían en los lugares más solitarios austeros penitentes, y se colmaba el mundo de portentos y maravillas. ¡Oh! Entónces la fé os parecía, como es, ilustre por sus profecías, gloriosa por sus milagros, patente por sus mártires, santa por sus obras, y rica por los pueblos que la profesan. La veáis con gusto hacerse á la vela sobre la navicilla de Pedro, desafiando los escollos, los vientos y las tempestades, sin temor alguno de ir á pique. Esto y mucho más os parecía entónces: á deciros alguno que un día seríais enemigos de ella, os hubiese colmado de horror. ¿Pero qué? Más tarde os asaltaron pasiones violentas, y no domándolas desde el principio, adquirieron fuerzas, tomaron enormes proporciones, y os dominaron por completo. Quizás algunas veces conseguísteis levantaros después de vuestras caídas; pero, rendidos al fin por lucha tan fiera, comenzásteis á dejar las oraciones, las iglesias, los Sacramentos y los ejercicios de piedad, que os parecían incompatibles con vuestros desórdenes. A fin de acallar los remordimientos de la conciencia, os entregásteis á disipaciones, á entretenimientos vergonzosos y á lecturas irreligiosas, para ver si lográbais dudar de la fé que os amenazaba con el infierno. Reuniéndoos más adelante con compañeros de la misma estofa, y creciendo cada día más la disolución de vuestras costumbres, fuísteis finalmente conducidos al punto de poder, en momentos en los cuales érais como un mar tempestuoso, dudar interiormente de vuestra fé, y en el exterior hacer gala de incrédulos. Hé aquí, concluiría diciendo, todos los caminos por los cuales llegásteis á la incredulidad. Lector, ignoro lo que me podría responder este infeliz; pero más de uno que ha querido ser sincero, ha confesado francamente que tal era la historia verdadera de su mísero corazón.

Hé aquí por qué, resumiendo en pocas palabras lo dicho, aquella fórmula: *yo no puedo creer, mi razón me lo impide*, se convierte en esta otra; yo no

puedo creer, porque una ignorancia brutal no me deja levantar los ojos más allá de este mundo infeliz, ó porque la soberbia me ha quitado el cerebro, ó porque los vicios han sumergido mi corazón en el fango: hé aquí por qué no puedo hacer aquello que la sana razón me aconseja, me manda, me inculca, bajo pena de ser infeliz en el tiempo y más infeliz en la eternidad. Lectores, convenid conmigo en que se puede usar un poco mejor de la razón y tener la fé un poco más firme.

La fe preserva varias especies de verdades para crear algunas á las que no llegará el hombre, ó llegar con mucho trabajo, pero que después de reveladas tienen que reputarse á razón como por ejemplo las profecías de Dios, la creación, los principios eternos de la justicia de la moralidad, y las cosas no sólo no decaen nunca el nombre de fe, sino que á menudo se deben de revelar, no se pueden descubrir, y se deben de creer, habiendo la inteligencia en estado de Omnipotencia. Tales son, en la fe, la Trinidad, el Tránsito de Dios, la Encarnación del Verbo Divino, y la presencia real de Cristo en el Sacramento. universalmente todos los que llamamos misterios. Ahora bien, por lo que hace á las verdades de primer género, dicen algunos doctores escolásticos, nos con ellas, más por lo que hace á las segundas, esto es á los misterios, quíes podríamos someterse á ellos. No tienen objeto, y no puede por lo tanto la mente, vez que creer lo que no se comprende, aun prescindiendo de que la razón no puede saber á sí propia, como lo haría si admitiese contradicciones. Por lo cual se parte con herejes, que quieren saber, y descubrir todo lo misterioso, y reos de errores que tienen verdaderamente razón para creer así, como no la tienen los que quieren la fe, la fe, no despreciable los que se refieren á los misterios. Hemos visto lo primero en el capítulo anterior, veámoslo en el segundo.

La razón no puede admitir misterios —
 meados por los hechos semejantes de la fe —
 pre razón, humana, tan débil por sus parte,

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.